

## No se puede partir de 0

Por Maya

Todavía recuerdo cuando escuché la primera explosión. Estábamos con mi hermano y mis padres comiendo una cena que había intentado cocinar mi padre porque mi madre se encontraba algo enferma hace unos días. Conversábamos sobre una película que había salido hace poco en el cine. Todo estaba normal. Era un día como cualquier otro.

-Marla ¿Ordenaste tu habitación? Recuerda que vendrán visitas mañana por la tarde -me dijo mi mamá en un momento.

-Sí, todo limpio -respondí mucho menos segura de lo que pretendí y mi madre me miró sabiendo que mentía, pero con mirada comprensiva disimulo una sonrisa.

-Luego iré a echarte una mano – me dijo.

De pronto la electricidad se cortó, y en menos de dos segundos escuchamos el inicio de lo que parecía una mala broma. Un fuerte ruido azotó mis oídos y vi como las ventanas vibraban y el piso se movía. A tan solo dos cuadras un vecindario completo fue bombardeado. Gritos ahogados, cenizas, polvo. Mi madre rompió en sollozos cuando fuimos a mirar que sucedía. Se parecía mucho a lo que yo había visto alguna vez en una película de acción, sólo que esta vez el olor y el hollín en mis ojos me recordaban que eso estaba ocurriendo allí, que era real y que con intentar cambiar de canal no iba a dejar de suceder.

Sentí mucho miedo. Al llegar a una cuadra de distancia mis padres nos dejaron a mi hermano y a mí solos intentando ayudar, dentro de lo que se podía, a la gente que aclamaba y pedía con desesperación ayuda. Intenté buscar a mi padre para abrazarlo como solía hacer cuando me sentía así de impotente o asustaba, pero yo no era lo que importaba en ese entonces. Entre los escombros vi a un niño de la edad de Roy (mi hermano). La camiseta de *spiderman* que llevaba puesta estaba cubierta de sangre y tierra. A penas respiraba y en un intento inútil de buscar ayuda, me vi sola y sin saber qué hacer. Me acerqué torpemente a este niño de 6 años y le pregunté si podía oírme. Sin notarlo el niño

débilmente apretó mi mano y comenzó a toser y a llorar. Intenté decirle que todo iba a estar bien, pero rompí en llanto también. Lo único que podía pensar era en que hace sólo 20 minutos todo estaba bien, todo era normal. Este niño que con su mirada almendrada me miraba como pidiendo ayuda acarició mi mano como intentando consolarme y pronunció sólo una palabra: mamá.

Él fue el primero de muchos más que esa noche respiraron su último aliento. Aquella noche no pude conciliar el sueño. Miraba el techo de mi habitación sintiendo que en cualquier momento el suelo comenzaría a vibrar y que aquel niño al que me dediqué a inventarle una historia toda la noche, caminaba y reía feliz con su familia. Lo imaginé viendo *Spiderman* por primera vez. Lo imaginé recibiendo esa camiseta y que leía comics. Lo figuré viniendo a mi casa a hacer proyectos de ciencias con Roy. Pero eso estaba solo en mi mente.

Fue poco menos de 3 meses cuando mis padres comenzaron a hablar de irnos de aquel lugar. Estábamos en lo que se comenzó a conocer como un “lugar conflictivo y de interés”. Los bombardeos comenzaron a propagarse por todo el país, y cientos de miles como yo comenzaron a morir y otros a huir. Ese lugar de “conflicto y de interés” que me vio crecer, en el que perdí mis primeros dientes, en donde rompí mi primer vidrio intentando jugar con una pelota como un deportista que vi en la televisión; ahora estaba teñido de una sensación amarga y de rojo y negro.

La palabra muerte comenzó a adquirir poco a poco significado para mí. Me costaba dormir en las noches ya que el miedo no se iba. Podía verlo en los ojos de mis padres y en los de Roy, quien a pesar de tener solamente 6 años comenzó a configurar su propia idea de la palabra también.

Pocos días después de que mis padres me comunicaran su decisión de marcharnos (alrededor de 3 meses después de la primera intención que tuvieron de marcharnos), salí a la calle y me di cuenta de que la mayoría de las casas ahora se encontraban desalojadas. Poco a poco aquel barrio comenzó a transformarse en escombros y una ciudad fantasma en la que sólo quedaban algunos valientes o también considerados sobrevivientes.

-Marla, mañana nos marcharemos hija. Sé que suena a una decisión difícil, pero tómalo como una aventura. Necesito que elijas solamente lo indispensable. Con esto me refiero a que no lleves tus vestidos más lindos ni tus zapatos de charol que utilizabas en ocasiones especiales. Necesito que lleves sólo ropa que puedas cargar- Al decir estas palabras a mi madre se le inundaron los ojos de lágrimas. Intenté imaginar que era lo que estaba pensando. Me imaginé que para ella dejar esta casa era mucho más difícil que para mí, ya que siempre solía hablar de cuan feliz se habían puestos con mi padre cuando la compraron y adornaron a su gusto. Recordé todas aquellas tardes que mi madre se tomó para arreglar el antejardín. Ahora aquello era casi como un vago recuerdo ya que desde el primer bombazo mis padres se volvieron más cautelosos, aprensivos y se dedicaban a hacer planes en la cocina hasta largas horas de la noche con la misma cara que tenían cuando mi padre había perdido su empleo.

Luego de decirme aquello me abrazó y especificó más o menos que cosas podía llevar. En una mochila de campamento metí mis chaquetas más abrigadas, un par de pantalones, unas camisetas, calcetines, calzones y una toalla.

A la mañana siguiente nos embarcamos a la "aventura". Miré mi habitación por última vez con la esperanza de que alguna vez volvería a ver aquellas medallas que gané en una competencia de baloncesto, o las fotos que me saqué con Pao, mi mejor amiga de la escuela a quien había dejado de ver hace ya meses.

En conjunto con otras tres familias comenzamos una travesía a pie hacia otro lugar. Caminábamos por sobres los rieles de un tren que quedaba en la cercanía de la ciudad para (según mi padre) no perder el rumbo. Los primeros 3 días fueron intensos. Dormíamos en una carpa que había llevado mi padre arrojándonos con unos sacos de dormir. Roy se cansaba cada 30 minutos por lo que las caminatas durante el día no eran tan agotadoras. Mi padre nos contaba historias y mi madre cantaba de vez en cuando para que de alguna forma se nos olvidara que la vida que conocíamos comenzaba a quedar atrás.

Al cabo de una semana, el olor a suciedad comenzó a notarse por lo que encontramos que era urgente acercarnos a alguna localidad en busca de agua o algún baño. A las pocas horas llegamos a un pueblo que quedaba como a 6

horas de mi casa en auto en carretera en donde se veían estragos de la “guerra civil”, como le denominaba la gente, pero no eran tan notorios como en mi ciudad. En este pueblo fuimos capaces de enjuagar nuestras ropas, bañarnos y abastecernos de comida para los días que se acercaban.

Al volver al camino, nos dimos cuenta que a este se habían sumado decenas de personas que al igual que nosotros buscaban partir de 0 en otro lugar.

Los problemas comenzaron cuando la gente comenzó a contarnos a lo que nos estábamos a punto de enfrentar. Nos acercábamos cada vez más a la frontera y escuchamos de otra de las familias que nos acompañaba que desde el otro lado no estaban siendo muy receptivos con nuestra llegada. La mayoría de las familias intentaba pasar en la noche para no ser descubiertos por la policía.

Me sentí extraña al escuchar aquel relato. ¿Por qué debíamos pasar escondidos si tan sólo estábamos buscando un lugar seguro? No era como que hayamos querido irnos voluntariamente a buscar lo que mis padres denominaban la “aventura” sino que nos vimos forzados a hacerlo.

La mañana siguiente fue desastrosa. Seguimos a una de las primeras familias que nos acompañó al cruce. Estaba lleno de alambres de púa y había maleza por todos lados. Buscando entre todos encontramos un punto débil en el alambrado y nos escabullimos bajo él. Mi padre me dijo, a la cuenta de tres corras hasta esa colina que está allí y te escondes en un arbusto.

A penas crucé el alambrado noté como se comenzó a avecinar un jeep lleno de policías. Le hice caso a mi padre y corrí lo más rápido que pude con Roy. Encontré un arbusto y me escondí, pero desde allí pude ver como los policías, a quienes siempre había visto como los protectores de la sociedad y me sentía segura a su alrededor, amenazaban con pistolas a todo aquel que intentase cruzar la alambrada. No sé cuánto rato habrá transcurrido desde que Roy y yo estábamos escondidos y abrazados. Fue tan sólo al amanecer cuando mi padre nos despertó que me di cuenta que ya había pasado un día.

En este punto volvimos a ser nosotros 4, muchas de las otras familias fueron retenidas al otro lado del alambrado imposibilitándoles el paso.

Pasaron meses hasta que por fin logramos llegar a nuestro destino. Fue una noche cuando nos estábamos a punto de dormir en la carpa que fui capaz de preguntar hasta donde nos llevaría la aventura. Mi madre me dijo que teníamos que llegar primero al mar y que desde ahí un bote nos llevaría a un lugar donde íbamos a poder partir de 0 y estar a salvo otra vez.

Roy ya había perdido muchos más dientes de leche y mi padre había desarrollado una frondosa barba. Mi madre cada vez más delgada intentaba mantener la sonrisa.

Al llegar a la costa, nos encontramos con que había más familias como nosotros. Un señor nos dijo que fuésemos a hablar con un hombre de cabeza rapada y panzón que merodeaba el muelle de tanto en tanto. Él era lo que se conocía como la “mafia”, nuestra mejor opción para poder atravesar hasta el otro lado de ese estrecho. Mi padre negoció un buen rato con él hasta que nos dio los datos del abordaje. A las 3 de la madrugada en el muelle iba a salir el bote, nuestra esperanza y salvador ante la situación en la que nos encontrábamos. Al llegar al otro lado supuestamente nos debíamos encontrar con una prima de mi padre que nos había ofrecido refugio.

Llegamos a la hora que nos indicó el señor, pero al llegar las cosas no eran como se las habían prometido a mi padre.

-Sólo los niños pueden abordar el bote – le dijo el encargado del bote a mi padre.

-Pero si Samuel (haciendo referencia al señor calvo al que le denominamos la “mafia” con Roy) nos dijo que por el dinero que le pagué nos podríamos subir los 4 – exclamó mi padre exaltado.

-Lo siento, pero no caben – decía fríamente el hombre de no más de 30 años, algo delgado y con bigote.

-Debe haber algo que pueda hacer usted- Imploró mi madre algo frenética y al borde del colapso.

-Está bien pero sólo uno de ustedes podrá subir.

Creo que nunca en mi vida me había tocado presenciar algo así de triste. Mis dos padres abrazándose y llorando, mi madre prometiéndole a mi padre que lo esperaríamos al otro lado, pero algo en su voz me hacía creer que ella no se lo creía. Roy comenzó a llorar a pesar de que mi madre nos aseguraba que todo iba a estar bien. Nos colocamos los chalecos salvavidas y continuamos con la "aventura". El bote era inestable y el clima no era de lo mejor. Nos tardamos más de lo que me hubiese gustado ya que sentía frío. A ratos el bote saltaba y el agua llegaba a mi cara haciéndome sentir su salado sabor.

Comencé a imaginarme que iba a ser de mí al otro lado. Nunca fui la persona más extrovertida de la vida ni tampoco la más popular. El hecho de llegar a un lugar nuevo me planteaba la posibilidad de alcanzar mi meta de ser quien quisiera. Pero la verdad es que estaba asustada. Es difícil pretender que todo está bien cuando aún después de casi un año la cara del niño de la camiseta de *spiderman* aparece en mis sueños. Cuando vi morir a decenas de personas. Cuando vi como a familias se les denegaba la posibilidad de tener una salida al caos en el que estábamos sumidos.

Quiero pensar que tuve suerte. Suerte de seguir con vida, suerte de que el bote al parecer estaba llegando a puerto y mi madre nos acompañaba y así no nos íbamos a encontrar tan solos. Suerte de que la chance de volver a ver a mi padre aún estaba vigente. Suerte de que seguía abierta la puerta a dejar de sentir miedo cada noche de que nos llevaran de vuelta a nuestro país en donde ningún lugar ya era seguro.

Realmente no sé si pueda hacer como que nada sucede. Pretender que en el fondo estoy entusiasmada por empezar el colegio de nuevo. En ese momento pensé en Pao y en que quizás ella había vivido lo mismo que yo. El bote seguía avanzando, pero yo no dejaba de mirar atrás. De mirar quien era y quien soy. Por más que me encantaría partir de cero, por más de que me encantaría creer que puedo ser tan libre como mi mochila con sólo algunas pertenencias, aquellos recuerdos, aquellas anécdotas que viví cuando aún todo era normal, o todas esas comidas improvisadas a lo largo de los últimos meses me dejan de manos atadas. No puedo partir de cero y dejar de ser quien soy y quien fui. Creo que

realmente el miedo, la muerte y la esperanza son las únicas cosas a las que puedo aferrarme ahora.

Mirando las luces del muelle me di cuenta de que este sólo era el inicio de la verdadera aventura, en donde aparte de mi padre a quien con esperanza mi madre me repitió 3 o 4 veces en el bote que esperaríamos cada día en este mismo lugar, lo único que realmente quedó atrás era la antigua Marla, con los ojos cerrados que pensaba que la suerte era ganar un concurso y que los planes se cumplían sin problemas.

Mientras más nos acercábamos al muelle fui capaz de vislumbrar luces de un automóvil de policías y a muchos de los pasajeros que comenzaban a saltar al agua. No se puede partir de cero, no se puede hacer borrón y cuenta nueva.